

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal Plaza Constitución, 13 : Villanueva y Geltrú TELÉFONO 531.	En primera plana, 0'20 pesetas línea
Un trimestre. 1'50 »	Insértense o no los escritos que se remitan a la Redacción, no se devuelven los originales	En tercera » 0'15 » »
Número suelto 0'10 »		En cuarta » 0'10 » »
Número atrasado 0'25 »		Comunicados » 0'20 » »
		Rebaja a los suscriptores y según el número de inserciones

ADELANTE

Llámanse a engaño muchos republicanos y socialistas que desinteresadamente defendieron la causa de los aliados durante la guerra, porque el tratado de paz no ha correspondido a sus esperanzas pacifistas ni a los dictados de una justicia absoluta.

Razón tienen de no darse por satisfechos ante las intrigas, ambiciones y afanes de dominio que se han manifestado entre los vencedores, pero están, a nuestro modo de ver, completamente equivocados al creer perdido el fruto de sus esfuerzos y entusiasmos, al suponer algunos que el resultado hubiera sido idéntico de haber triunfado los imperios centrales.

Basta recordar los proyectos que la prensa pangermanista desarrollaba cada día, incluso en los momentos en que parecía más próxima la derrota de los teutones, para juzgar. Es indudable que la cuenca del Sarre atribuida a Francia, y Egipto que quiere apropiarse Inglaterra, y algunos puntos del tratado de paz no se adaptan a los catorce puntos de Wilson, pero cuán pequeñas e insignificantes aparecen estas transgresiones si las comparamos con el propósito de Alemania de anexionarse todos los departamentos del noreste de Francia, de una zona extensísima de Rusia, de toda la Bélgica y de un sin fin de países que nada tienen de común con Alemania.

Pero aun hay más, el destronamiento del Kaiser y demás monarcas alemanes fué fruto exclusivo del triunfo aliado. Sin él

lejos de estallar la revolución en los imperios centrales, el militarismo y la autocracia no solamente hubieran subsistido sino que se habrían impuesto al mundo entero. Aun hoy, apesar del desastre, Hindenburg, Von der Golz y demás caudillos del imperialismo continúan siendo ídolos populares, y el mismo Kaiser podría regresar tranquilamente a su país de no oponerse a ello los aliados.

Cierto que el Tratado de paz no satisface a nadie y que cuantos confiamos en un porvenir de fraternidad universal nos hemos sentido burlados. Pero ¿qué importa?, no desaparecen en un año instituciones seculares ni se liquidan en cinco, estados permanentes de injusticia social; pero el triunfo aliado y la derrota alemana, eran condiciones indispensables para el progreso humano, y si alguno de los vencedores intentara suplantar a Prusia en su papel de pueblo matón y opresor, contra él se volverían las antipatías y el odio de todos los espíritus libres que ayer combatieron en todos los terrenos al militarismo alemán.

Lejos de sentirnos desengaños, lo sucedido debe servir para comunicarnos nuevos alientos para luchar sin descanso por los ideales humanos que durante cinco años encarnaron los pueblos aliados.

La mitad del camino está ya recorrido; trabajemos todos para llegar hasta el fin.

DIÓGENES

Hacia la transformación industrial de España

Las reivindicaciones obreras se inspiran en el más puro interés nacional.

En Barcelona acaba de concertarse un acuerdo que no en modo alguno la paz, sino simplemente un armisticio. Todo el mundo se alegrará de que esto haya sucedido, pero no conviene olvidar que el litigio—o

los litigios—quedan en pie, corriéndose el riesgo de que pase ahora lo que acostumbra a acontecer siempre, esto es, que después de haber encontrado la suspirada «fórmula» para plantear debidamente un problema, las clases gobernantes—entre las cuales la clase patronal figura en primer término—traten, no de resolverlo, sino de eludirlo.

Aseguran el gobierno y sus representantes que se ocupan y preocupan de que el orden reine en Barcelona. La Federación patronal, por su parte, ha declarado en una nota oficiosa que el establecimiento del orden es su principal aspiración. Y los sindicatos, en el manifiesto que publicaron últimamente, afirmaban con toda claridad que, «por el simple hecho de ser la mayor fuerza de la provincia», han contraído la obligación «de mantener el orden perturbado por la intransigencia de quienes han estado más atentos a sus intereses que a los generales de la colectividad».

Copiamos literalmente y subrayamos por nuestra cuenta estas líneas del manifiesto sindicalista, porque en ellas se halla la clave de la cuestión que se debate.

Los patronos—y sus cómplices del gobierno y de la administración del Estado—han perturbado el orden con sus intransigencias y por estar más atentos a sus intereses que a los generales de la colectividad. Los obreros, ante una *inmoralidad* parecida, se han propuesto, valiéndose de todos los medios que están a su alcance, mantener el orden y defender un derecho y una justicia muy superior a la que gobierno y capitalistas quieren hacer prevalecer.

Ese es el verdadero problema, y los Comités responsables que firman el manifiesto, al hacer la declaración que acabamos de transcribir, se han colocado en una posición inexpugnable y han dado a la lucha que con tanto tesón sostiene, el carácter justiciero, noble y humano que verdaderamente tiene.

Porque el socialismo y el sindicalismo—dos expresiones distintas y una sola idea verdadera,—so pena de traicionar la causa que patrocinan, no pueden ni deben defender sistemáticamente las peticiones que formulen las sociedades obreras. En efecto: estas sociedades obreras pueden equivocarse; o, guiándose únicamente por un estrecho interés corporativo, pedir cosas contrarias al interés general; o también, movidas por especiales sentimientos momentáneos—como ha sucedido en algunas naciones beligerantes durante la guerra—pretender la implantación de determinadas medidas manifiestamente injustas.